

EL MISTERIO DE MARKET BASING

Agatha Christie

Pensándolo bien, no hay nada como el campo, ¿no les parece? —dijo el inspector Japp aspirando con fuerza el aire por la nariz y expeliéndolo por la boca de manera correcta.

Poirot y yo asentimos cordialmente. Fue idea del inspector Japp la de que pasáramos los tres el fin de semana en la pequeña población de Market Basing, enclavada en pleno campo. Porque cuando no estaba de servicio, Japp se mostraba botánico entusiasta y discurseaba acerca de diminutas florecillas que tenían largos nombres en latín, que el buen Japp pronunciaba de un modo muy enrevesado, ciertamente, con un ardor que no ponía en ninguno de sus casos policíacos.

—Aquí nadie nos conoce, ni conocemos a nadie.

Esto era verdad, hasta cierto punto, porque el agente local acababa de ser trasladado de un pueblo, distante quince millas de Market, donde un caso de envenenamiento con arsénico le había puesto en relación con el inspector de Scotland Yard. Sin embargo, como reconoció con evidente placer el gran hombre, la circunstancia acrecentó el buen humor de Japp y cuando nos sentamos los tres a desayunarnos en la salita de la fonda, nos sentimos animados del mejor espíritu. El jamón, los huevos, eran excelentes; el café no era tan bueno, pero podía pasar y estaba hirviendo.

—Esto es vida señora —exclamó Japp—. Cuando me retire, adquiriré una finca en el campo. Deseo perder al crimen de vista, ¿eso es!

—*Le crime, il est partout* —observó Poirot sirviéndose una buena rebanada de pan y mirando con el ceño fruncido a un gorrión impertinente que acababa de posarse en el alféizar de la ventana.

*«The rabbit has a pleasant face
His private life is a disgrace.
I really could not tell you
The awful things that rabbits do.»*¹

—Pues, señor —dijo desperezándose Japp—. Creo que todavía me queda sitio para otro huevo y para una o dos lonchas de jamón. ¿Y a usted, capitán?

—Sí. ¿Y a usted, Poirot?

Éste movió la cabeza.

—No hay que llenar el estómago —repuso— porque el cerebro se negará a funcionar.

—Pues yo pienso arriesgarme —repuso Japp riendo—. Lo tengo muy grande. A propósito, está engordando, monsieur Poirot. ¡Eh, miss, otra ración de jamón con huevos!

¹ El conejo tiene una cara agradable — su vida privada es una desgracia —. En verdad que no sabría decir a ustedes — las cosas terribles que hacen los conejos.

En ese momento un cuerpo macizo bloqueó la puerta de entrada. Era el agente Pollard.

—Perdón si interrumpo, Inspector —dijo—, pero deseo que me aconseje usted.

—Estoy de vacaciones —dijo Japp apresuradamente—. No me dé trabajo. ¿De qué se trata?

—De un caballero que habita en Leigh Hall. Se ha disparado un tiro en la cabeza.

—Supongo que habrá sido por deudas... o por una mujer. Es lo usual. Lamento no poder ayudarle, Pollard.

—El caso es que no ha podido verificar el hecho por sí solo. Así lo cree el doctor Giles.

Japp dejó la taza sobre el platillo.

—¿Que *no ha podido suicidarse solo*? ¿Qué quiere decir?

—Es lo que afirma el doctor —repuso Pollard—. Dice que es totalmente imposible. Esa muerte le deja perplejo porque lo mismo la puerta que la ventana de la habitación están cerradas por dentro con llave y cerrojo, pero se aferra a su opinión de que el caballero no se ha suicidado.

Esto zanjó la cuestión. Huevos y jamón se dejaron a un lado y pocos minutos después avanzamos todos a buen paso en dirección a Leigh Hall, mientras Japp dirigía ansiosas preguntas al agente.

El nombre del difunto era Walter Protheroe; era hombre de edad madura y tenía algo de retraído. Llegó a Market Basing ocho años atrás y alquiló la casa, vieja mansión, casi derruida, estropeada, viviendo en un ala, atendido por el ama de llaves que había traído consigo.

Esta última se llamaba miss Clegg y era una mujer superior, a la que todo el pueblo consideraba. Míster Protheroe tenía huéspedes llegados al pueblo hacía muy poco: míster y mistress Parker, de Londres. En aquella mañana miss Clegg había llamado en vano a la puerta de la habitación de su amo y al reparar en que estaba cerrada se alarmó y llamó a la policía y al médico. El agente Pollard y el doctor Giles llegaron a un tiempo. Los esfuerzos unidos lograron echar abajo la puerta de roble del dormitorio.

Míster Protheroe apareció tendido en el suelo. Presentaba un tiro en la cabeza y tenía asida la pistola con la mano derecha. Era evidente que se trataba en realidad de un suicidio.

Sin embargo, al examinar el cadáver, el doctor Giles quedó visiblemente perplejo y finalmente se llevó al agente aparte y le comunicó el motivo de su perplejidad; Pollard pensó al punto en Japp y dejando al doctor en la casa corrió a la fonda para avisarnos de lo ocurrido.

Cuando concluía su relato llegamos a Leigh House, edificio inmenso, desolado, rodeado de un jardín descuidado y lleno de cizaña. Como la puerta estaba abierta pasamos al vestíbulo y de éste a una salita de recibo de la que salía ruido de voces. En la salita encontramos reunidas a cuatro personas: un hombre vestido ostentosamente, con un rostro movable y desagradable, que me inspiró súbita antipatía; una mujer de tipo parecido, aunque hermosa de una manera burda; otra mujer, vestida de negro y algo separada del resto, a la que tomé por el ama de llaves; y un caballero alto, vestido con traje de *sport*, de semblante despejado y franco, que parecía imponerse a la situación.

—El doctor Giles —dijo el agente—. El detective inspector Japp, de Scotland Yard, y dos amigos.

El doctor nos saludó y después hizo la presentación de míster y mistress Parker. Luego subimos tras él la escalera. En obediencia a una seña de Japp, Pollard se quedó en la salita como para guardar la casa. El doctor, que nos precedía, nos hizo recorrer un pasillo. Al final vimos abierta una puerta; de sus goznes colgaban aún varias astillas y el resto estaba por el suelo.

Entramos en aquella habitación. El cadáver seguía tendido en tierra. Míster Protheroe era hombre de edad mediana, de cabello gris en las sienes. Usaba barba. Japp se arrodilló junto a él.

—¿Por qué no lo dejaron tal y como estaba? —gruñó.

El doctor se encogió de hombros.

—Porque creímos que se trataba de un caso sencillo de suicidio.

—¡Hum! —exclamó Japp—. La bala ha entrado en la cabeza por detrás de la oreja izquierda.

—Precisamente —repuso el doctor—. Es imposible que se disparase él solo el tiro. Para ello hubiera tenido, primero ante todo, que rodearse la cabeza con el brazo.

—¿Sin embargo, encontraron la pistola en su mano? A propósito, ¿dónde está?

El doctor le indicó con un gesto la mesa vecina.

—Tampoco la asía —manifestó—. La tenía en la palma, pero no la empuñaba.

—Debieron ponerla en ella después —dijo Japp, que examinaba el arma—. Sólo hay un cartucho vacío. Sacaremos las huellas dactilares, pero no espero encontrar más que las suyas, doctor. ¿Hace mucho que ha fallecido míster Protheroe?

—No puedo precisar la hora con exactitud como esos médicos maravillosos de las novelas de detectives, inspector, pero debe hacer unas doce horas.

Poirot no se había movido. Se mantenía pegado a mí, viendo lo que hacía Japp y escuchando sus preguntas. De vez en cuando, sin embargo, olfateaba el aire delicadamente, como si se sintiera

perplejo. Yo le imité sin descubrir nada de interés. El aire puro, no olía a nada. Con todo, Poirot lo olfateaba como si su nariz sensible percibiera algo que se escapaba a su inteligencia.

Al separarse Japp del cadáver, Poirot se arrodilló junto a él. La herida no pareció despertar su interés. Primero supuse que examinaba los dedos de la mano con que el difunto había empuñado la pistola, mas en seguida vi que era un pañuelo, metido en la manga de la chaqueta gris oscuro, lo que le llamaba la atención. Finalmente se puso de pie sin separar los ojos de aquella prenda.

Japp le llamó para que les ayudase a levantar la puerta. Yo aproveché la ocasión para arrodillarme y coger el pañuelo, que examiné minuciosamente. Era de blanco Cambray, de los más corrientes, pero no ostentaba manchas de sangre ni de ninguna especie, por lo que, decepcionado, volví a dejarlo donde estaba.

Los demás levantaron la puerta y buscaron en vano la llave.

—Esto zanja la cuestión —manifestó Japp—. La ventana está cerrada y atrancada. El asesino debió salir por la puerta que cerró con llave y se llevó ésta para que creyéramos que míster Protheroe se ha suicidado. Seguramente no creyó que la echaríamos en falta. ¿Está de acuerdo, monsieur Poirot?

—Sí, estoy de acuerdo; pero hubiera sido más sencillo y mejor, deslizar la llave por debajo de la puerta. De este modo hubiera parecido que se había caído de la cerradura.

—Ah, bien, no hay que confiar en que a todo el mundo se le ocurran ideas tan geniales como ésta. Si se hubiera dedicado a criminal, hubiera sido el terror de la sociedad. ¿Desea hacer alguna observación, monsieur Poirot?

Poirot parecía echar algo de menos, o si no era así me lo pareció. Después de echar una ojeada a su alrededor dijo en voz baja:

—Parece ser que este caballero fumaba mucho, señores.

Era cierto. Lo mismo el hogar que un cenicero colocado sobre la mesa estaban bastante repletos de colillas de cigarro.

—Debió fumar veinte cigarrillos lo menos anoche —dijo Japp. Así diciendo, se inclinó para examinar el del cenicero—. Son todos de la misma clase. Lo ha fumado la misma persona. El hecho no tiene nada de particular, monsieur Poirot.

—No he sugerido que lo tuviera —murmuró mi amigo.

—Ah, ¿qué es esto? —Japp cogió un pequeño objeto reluciente que estaba junto al cadáver—. Es un gemelo roto. ¿A quién pertenecerá? Doctor Giles, haga el favor de ir en busca del ama de llaves.

—¿Y qué hacemos de los Parker? Porque míster Parker tiene trabajo en Londres...

—No sé. Tendremos que pasarnos sin él. Aunque en vista del cariz que toman las cosas, le necesitamos aquí también. Envíeme al ama de llaves y no permita que los Parker le den a usted y a Pollard esquinazo. ¿Entraron aquí por la mañana?

El doctor reflexionó un breve momento antes de contestar categórico:

—No, se quedaron en el pasillo mientras entrábamos Pollard y yo.

—¿Está bien seguro?

—Segurísimo.

El doctor marchó a cumplir su misión.

—Es un buen hombre —dijo Japp con aire de aprobación—. Estos médicos deportistas suelen ser personas excelentes. Bien, ¿quién le habrá pegado el tiro a ese pobre señor? Además de él había tres personas más en esta casa. No sospecho del ama de llaves, porque en el espacio de ocho años ha podido matarle, no una sino cien veces. Pero, ¿qué clase de pájaros serán esos Parker? Resultan una pareja poco simpática.

En este momento apareció miss Clegg. Era una mujer flaca, escurrida, de cabellos grises que llevaba partidos en la frente. Tenía unos modales muy naturales y tranquilos. De su persona emanaba, al propio tiempo, un aire de eficiencia tal, que inspiraba respeto. En respuesta a las preguntas del inspector, explicó que llevaba catorce años al servicio del difunto, que fue amo generoso y considerado. No conocía a míster ni a mistress Parker, a quienes había visto por primera vez tres días atrás. Era indudable, en su opinión, que nadie les había invitado, porque su visita pareció desagradar al señor. El gemelo roto que Japp le enseñó, no pertenecía a míster Protheroe, estaba segurísima de ello. Al interrogarle acerca de la pistola repuso que sabía que el señor poseía, en efecto, un arma de fuego que guardaba bajo llave. Ella la vio una vez, pero no se atrevió a afirmar que fuera la misma que le mostraban. No oyó el disparo la noche anterior. El hecho no tenía nada de extraordinario porque la casa era grande y destartalada y porque lo mismo su habitación que la reservada al matrimonio Parker se hallaba al otro lado de ella. Ignoraba a qué hora se retiró míster Protheroe a descansar. Cuando lo hizo ella, a las nueve y media, lo dejó levantado. No tenía por costumbre acostarse temprano. Por regla general leía o fumaba hasta una hora avanzada. Era un gran fumador.

Poirot interpuso aquí una pregunta:

—¿Dormía el señor con la ventana abierta o cerrada?

Miss Clegg reflexionó un instante.

—Con la ventana abierta, si no recuerdo mal —dijo luego.

—Ahora está cerrada. ¿Cómo se explica usted el hecho?

—No sé. Quizá sintió alguna corriente de aire y la cerró por eso.

Japp le dirigió todavía varias preguntas y a continuación le despidió. Luego habló por separado con los Parker. Mistress Parker lloraba; míster Parker optó por fanfarronear e insultarnos. Negó que fuera suyo el gemelo roto, pero su mujer lo había reconocido y naturalmente el hecho empeoró la situación; y como negó también haber entrado en la habitación de míster Protheroe, Japp estimó que había pruebas suficientes para proceder a su detención.

Dejando a Pollard en custodia de la propiedad, corrió al pueblo y pidió comunicación con el cuartel general de la policía.

Poirot y yo volvimos a la fonda.

—Está muy callado —dije a mi amigo—. ¿No le interesa el caso?

—*Au contraire*. Me interesa extraordinariamente. Pero me deja perplejo también.

—El motivo del crimen es poco claro —dije pensativo—, pero estoy seguro de que esos Parker son malas personas. No obstante la falta de motivo, que aparecerá más adelante, sin duda, todo está en contra suya de manera manifiesta.

—Japp ha pasado por alto un detalle a pesar de ser muy significativo. Yo le miré lleno de curiosidad.

—Poirot, ¿qué es lo que se trae entre manos? —interrogué.

—¿Qué tenía en la manga el difunto?

—¡Un pañuelo!

—Precisamente, un pañuelo.

—Los marinos se lo colocan en la manga —observé pensativo.

—Excelente observación, Hastings, a pesar de que no es la que esperaba.

—¿Tiene algo más que decir?

—Sí, no dejo de pensar en el intenso olor a humo de cigarrillo.

—Pero yo no olí nada —respondí maravillado.

—Ni yo tampoco, *cher ami*.

Le miré con gravedad. Nunca sé si habla en broma o en serio, pero esta vez me pareció que no bromeaba.

La investigación se verificó dos días después. Entretanto, surgió a la luz una prueba más. Un vagabundo admitió que había saltado la tapia del jardín de Leigh House, donde dormía con frecuencia en la casilla de las herramientas, que quedaba siempre abierta: Este hombre declaró que a las doce de la noche oyó voces en una habitación del primer piso. Una pedía dinero, la otra se lo negaba de manera airada. Oculto tras de un arbusto vio a dos hombres pasar y repasar por delante de la iluminada ventana. Uno, lo conocía bien, era místico Protheroe; el otro le era desconocido, pero sus señas coincidían totalmente con las de místico Parker.

Estaba ahora claro que los Parker habían ido a Leigh House para hacer víctima de un chantaje a Protheroe y cuando más adelante se descubrió que su verdadero nombre era en realidad Wendover, ex teniente de la Armada y que estuvo relacionado en 1910 con la explosión del crucero *Merrythought*, el caso se aclaró rápidamente. Parker, que sabía el papel desempeñado por Wendover, le siguió los pasos y le pidió dinero a cambio de mantener la boca cerrada. Pero el otro se negó a dárselo. En el curso de la disputa, Wendover sacó el revólver, Parker se lo arrancó de la mano e hizo fuego, tratando luego de dar al crimen la apariencia de un suicidio.

Parker fue llevado a juicio reservándose la defensa. Nosotros habíamos asistido a los procedimientos del tribunal. Al salir Poirot meneó la cabeza.

—Así debe ser —murmuró—. Sí, así debe ser. No es posible demorarse.

Entró en Correos y escribió unas líneas que envió por mensajero especial. Yo no vi a quién iba dirigida la nota. Después volvimos a la fonda, donde nos hospedábamos desde aquel memorable fin de semana.

Poirot iba y venía sin cesar desde el fondo de la habitación a la ventana.

—Espero visita —me explicó—. ¿Me habré equivocado? No, no es posible. No, aquí está.

Y con no floja sorpresa por mi parte vi entrar a miss Clegg en la habitación. Me pareció menos serena que de costumbre y llegaba jadeando como si hubiera venido corriendo. Vi brillar el miedo en sus ojos cuando miró a Poirot.

—Siéntese, mademoiselle —le dijo amablemente mi amigo—. He adivinado, ¿verdad?

Ella pareció indecisa y prorrumpió en llanto por toda respuesta.

—¿Por qué hizo eso? ¿Por qué? —dijo suavemente Poirot.

—Porque le amaba mucho —repuso ella—. Yo le cuidé desde la infancia. ¡Oh, tenga piedad de mí!

—Haré por usted cuanto sea posible. Pero no podía permitir, compréndalo, que ahorcasen a un inocente por bribón y desagradable que pueda ser.

Miss Clegg se irguió y dijo en voz baja:

—Quizá yo tampoco lo hubiera permitido al final. Haga lo que juzgue conveniente.

Luego, poniéndose en pie, salió de la habitación.

—¿Le mató ella? —pregunté aturdido.

Poirot sonrió y movió la cabeza.

—Se suicidó él —replicó—, ¿Recuerda que llevaba el pañuelo en la manga *derecha*? Pues esto me reveló que era zurdo. Temiendo después de la borrascosa entrevista con mister Parker que se hiciera público su delito, se suicidó. Por lo mañana, al ir a llamarle como de costumbre, miss Clegg le halló muerto y como, según acaba de oír, le conocía desde niño, se llenó de cólera contra los forasteros que le habían empujado a tan vergonzosa muerte. Los consideraba como a sus asesinos y de pronto vio la posibilidad de hacerles sufrir por el hecho que habían inspirado. Únicamente ella sabía que Protheroe era zurdo. Pasó, pues, la pistola a su mano derecha, cerró y echó la falleba de la ventana, dejó caer al suelo el pedazo de gemelo que había encontrado en una de las habitaciones de la planta baja y salió, cerrando la puerta y llevándose la llave.

—Poirot—exclamé en una explosión de entusiasmo—. ¡Es usted soberbio! ¡Y todo esto sólo por medio de un simple pañuelo!

—Y por el humo del cigarrillo. Si la ventana hubiera estado cerrada y fumados todos aquellos cigarrillos la habitación hubiera estado impregnada del olor a tabaco. En vez de esto el aire era puro y así deduje en el acto que la ventana había estado abierta durante toda la noche y que únicamente se cerró por la mañana, lo que me brindó una serie de interesantes reflexiones. No acertaba a concebir, bajo ninguna clase de circunstancias, que el criminal deseara cerrar la ventana. Por el contrario, ganaba dejándola abierta para simular que el criminal se había escapado por ella, si la teoría del vagabundo dejaba de tener éxito. La declaración del vagabundo vino a confirmar mis sospechas, porque de estar la ventana cerrada, no hubiera oído la discusión.

—¡Espléndido! Y ahora, ¿quiere una taza de té?

—Ha hablado usted como buen inglés —repuso Poirot suspirando—. Yo preferiría un refresco, pero no creo probable que lo haya.